



¿Hay espacio para una alianza entre  
socialcristianos y liberales  
en el Chile actual?



JUAN LUIS  
OSSA  
SANTA CRUZ

JUAN LUIS OSSA SANTA CRUZ

Investigador del Centro de Estudios Públicos (CEP). Licenciado en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Doctor en Historia Moderna por St. Antony's College, Universidad de Oxford.

**A**l analizar la historia de las posiciones de centro y centroderecha en Chile, saltan rápidamente a la vista las divergencias entre socialcristianos y liberales. En ello, tanto la religión como el binomio comunidad/individuo han jugado un papel clave.

El socialcristianismo en Chile surgió del seno del Partido Conservador, católico y confesional por definición. Fuertemente influenciados por las discusiones en torno a la relación Iglesia-Estado de las décadas de 1870 y 1880, políticos y pensadores como Abdón Cifuentes y Zorobabel Rodríguez rechazaron la idea de la «revolución social», así como la intervención de la educación laica en los niños y jóvenes del país. Ya fuera como polemistas en periódicos como *El Independiente*, ya como formadores de la juventud en agrupaciones como la Asociación Católica (1878) y la Unión Católica de

Chile (1883), Cifuentes y Rodríguez se dedicaron en buena parte de sus obras a definir los contornos y desafíos de la llamada «cuestión social». Para fines del siglo XIX y principios del XX, se había promulgado un número importante de leyes de corte socialcristiano, cuya línea de acción recibió un innegable impulso luego de aparecida la encíclica papal *Rerum Novarum* en 1891.

El liberalismo, por su parte, no tiene un origen ni una evolución tan claramente definidos. Ser liberal en el siglo XIX podía significar muchas cosas, algunas veces incluso contradictorias entre sí. Liberal era aquel que se definía en oposición al imperio español, pero también quien, al menos hasta fines de la década de 1810, creía que la salida a la crisis provocada por las independencias hispanoamericanas pasaba por un régimen monárquico-constitucional más que por uno republicano. Hubo conservadores

y liberales cercanos al liberalismo anglosajón o clásico, como Andrés Bello, y otros más proclives al liberalismo continental, como Francisco Bilbao. Dentro del Partido Liberal, a su vez, es posible encontrar a políticos y pensadores más o menos estatistas o individualistas, más o menos reformistas, según los actores involucrados en el debate de turno. Todo lo cual impide escribir una historia lineal del liberalismo decimonónico.

La cuestión es igualmente compleja al adentrarnos en el siglo XX, cuando tanto socialcristianos como liberales experimentaron nuevos y profundos cismas en sus respectivas expresiones políticas. El Partido Conservador se escindió en dos a raíz del surgimiento de la Falange Nacional, un movimiento influenciado por un socialcristianismo de inspiración (digamos) progresista. Los liberales, por su parte, fueron poco a poco acercándose a la derecha económica, abandonando en consecuencia posturas que décadas antes los habían acercado al Partido Radical. Un elemento diferenciador entre socialcristianos y liberales de cualquier signo se mantuvo, sin embargo, a lo largo del tiempo: el convencimiento entre los primeros de que el desarrollo individual depende, al final de cuentas, de las comunidades de base, como la familia o las iglesias, un enfoque que, desde la década de 1950, entró a disputar una corriente cada vez más influyente de liberales chilenos inspirados en lo que, a partir de un encuentro llevado a cabo en el Coloquio Walter Lippmann en 1938, comenzó a ser llamado como «neoliberalismo». Para entonces, dicho concepto no tenía la connotación economista que se le achaca hoy; más bien, fue el término escogido por pensadores como Raymond Aron, Friedrich Hayek y Ludwig von Mises para defender a la «sociedad libre» de las garras del fascismo y del comunismo.

Entre los años sesenta y noventa del siglo pasado, los «neoliberales» chilenos, muy influenciados por el «Chicago-gremialismo», se distanciaron aún más de las corrientes socialcristianas, haciendo de la relación individuo/propiedad privada


el eje central de su actuar político-económico. La corriente socialcristiana, por su parte, ejerció cierta ascendencia durante los gobiernos de centroizquierda de Patricio Aylwin y Eduardo Frei Ruiz-Tagle, si bien en el último tiempo sus cultores se han concentrado en centros de estudios de centroderecha, como el Instituto de Estudios de la Sociedad (IES) e IdeaPaís. La pregunta que cabe hacerse ahora es hasta qué punto las diferentes tradiciones liberales podrían entrar en una sinergia productiva con los sectores socialcristianos. ¿Hay espacio en la política chilena actual para conformar un polo que sea suficientemente mayoritario y convocante para que socialcristianos y liberales puedan disputar la toma de decisiones a la «nueva izquierda» liderada por el Frente Amplio y el Partido Comunista? En lo que queda de estas líneas, me detengo en las que, creo, son las tres áreas donde debería concentrarse un proyecto con esas características<sup>1</sup>.

Lo primero dice relación con la forma en que esas tradiciones entienden o definen el Estado. A diferencia de buena parte de la izquierda, los socialcristianos y liberales no ven el Estado como un objetivo en sí mismo, sino más bien como un medio que debe estar al servicio de la sociedad civil. Es cierto que grupos libertarios que se ubican al extremo derecho del espectro político tienden a desconfiar exageradamente de todo lo que huelga o suene a estatal. No obstante, el libertarismo es más una excepción que una regla en la historia del liberalismo: no hay que olvidar que, incluso para liberales como Adam Smith, el Estado muchas veces puede ser un garante de la libertad individual o colectiva.

Algo similar ocurre cuando nos enfrentamos al mercado. Una parte de la derecha chilena no tiene mayores problemas en definirlo como si se tratara de una entelequia, disociada tanto de la realidad fáctica en la cual se desenvuelve como de las personas que la conforman. Olvidan, con ello, que hay

<sup>1</sup> Me apoyo para esto en el libro de reciente aparición: Ossa, Juan Luis (editor). *La sociedad de bienestar. El camino reformista hacia un Chile justo y sostenible*. Santiago, 2021, en el cual participaron autores que provienen de distintas escuelas de centro y centroderecha.

muchos ámbitos de la vida social que no pueden ser resueltos bajo las lógicas del mercado, ya que las personas no se agotan en una dimensión material que pueda ser resuelta solo a través del intercambio de bienes y servicios. Para la izquierda, en tanto, el mercado es una herramienta indeseable que debe ser superada mediante una intervención desmedida del Estado. Ambas posturas son en extremo simplistas, sobre todo en sociedades modernas y complejas como la chilena, donde ni las lógicas de mercado ni el estatismo avasallador alcanzan para resolver las necesidades de las personas. Una posible alianza entre socialcristianos y liberales debería, en consecuencia, buscar resolver esta falsa dicotomía a través de políticas públicas en las que ninguno de ambos medios fuera excluido por razones políticas ni morales.

Finalmente, a ambas tradiciones las une un compromiso con las agendas reformistas. Ni la refundación que promete la «nueva izquierda» a través de la «transformación» de todos los «poderes constituidos» ni el inmovilismo de cierta derecha prometen gobernabilidad en el largo plazo. Fue el irlandés Edmund Burke quien legó, al mundo occidental, una receta —que es liberal y conservadora al mismo tiempo— para hacer frente a los impulsos revolucionarios, y que descansa sobre la vieja idea de que las reformas bien pensadas y logradas son el mejor antídoto tanto frente al jacobinismo constructivista como al rechazo que se opone a todo tipo de cambio. Quizás sea hora de volver a recordarlo. 

A ambas tradiciones las une un compromiso con las agendas reformistas. Ni la refundación que promete la «nueva izquierda» a través de la «transformación» de todos los «poderes constituidos» ni el inmovilismo de cierta derecha prometen gobernabilidad en el largo plazo. Fue el irlandés Edmund Burke quien legó, al mundo occidental, una receta —que es liberal y conservadora al mismo tiempo— para hacer frente a los impulsos revolucionarios, y que descansa sobre la vieja idea de que las reformas bien pensadas y logradas son el mejor antídoto tanto frente al jacobinismo constructivista como al rechazo que se opone a todo tipo de cambio.